

poder especial los está realizando incesantemente.

No hagamos coro, pues, á aquellos que dicen: si yo viera un milagro creería en ellos. ¡Milagros! La humanidad los pide y sin embargo no los quiere.

«Se dice que un milagro convertiría, cuando no se le vé, contesta Pascal; las razones, vistas de léjos parecen limitar nuestra vista; pero cuando se llega á ellas, se empieza á ver hasta más allá; nada detiene la volubilidad del espíritu; y entonces se dice no hay regla sin excepcion [1].» Por esto nuestro Señor, que hacía milagros de sobra para convencer todas las oposiciones, decía de la de los Judíos: aún cuando resucitara Moisés en persona, tampoco creerían. Y ¿cabe imaginar que sea más contentadiza y fácil de convencer la oposicion de los filósofos? Oigamos la confesion de J. J. Rousseau: «Por todo lo de este mundo no quisiera ser testigo de la resurreccion de un muerto, pues temeria vol verme loco en vez de convertirme en creyente. (2).» ¿Entonces como triunfar de estas sofisticas obstrucciones? ¿Hay que compadecerlas; es inútil

[1] Pensamientos.

(2) Cartas de la Montagne.

cuanto para vencerlas pueda hacerse, porque Dios, respetando en nosotros la libertad de la contradiccion, puede haecer milagros, pero no obligar á que se confiesen. Por lo demás bueno es recordar que si no creemos, no previene de que Dios se oculte á nuestras miradas, sino de que, segun sus palabras, *no pertenecemos á su rebaño* [1].

Supuesta en nosotros la intencion sincera de confesar los milagros ¿existe la posibilidad de comprobarlos? Hé ahí el campo de batalla de muchas argucias antiguas y modernas. Afortunadamente y por más que se haga, jamás tendrán fuerza para obscurecer los siguientes principios de sentido comun: si se trata de milagros presentes, debemos creerlos por el testimonio de nuestros ojos; si se trata de milagros pasados, debemos aceptarlos por el testimonio de la historia, toda vez que se la ha reconocido el carácter de verídica.

Para esta demostracion tenemos suficientes conocimientos. En vano es que demos como pretexto, que es indispensable el conocimiento del conjunto de las leyes de la naturaleza, para

[1] Juan, XV, 25 26.

estar ciertos de la derogacion de una de estas leyes; pues basta para ello con saber que la naturaleza procede de un modo invariable respecto de un determinado orden de hechos. Si la objecion fuese fundada, la ciencia jamas podria definir un orden general de fenómenos, como no fuera que se le pudiese de manifesto el orden universal. Por consiguiente, podemos decirles á los sábios: el mismo derecho que teneis vosotros para formular una ley de la naturaleza, tenemos nosotros para afirmar la derogacion de dicha ley; y así como vosotros estais seguros de no equivocaros, al decir que la muerte es una regla comun, tambien lo estamos nosotros, diciendo que la resurreccion constituye la excepcion de esta regla.

Lo desconocido no puede invocarse como prueba en contra de lo conocido; y desde el instante en que cientificamente estais seguros respecto de una série de hechos, habeis de estarlo de que no será en manera alguna desmentida por otra série. Si se rechazaran vuestros descubrimientos so pretexto de que las pruebas de hoy pueden ser desmentidas por las de mañana, de seguro contestaríais que lo eventual nada puede probar contra lo terminantemente demostrado, y que la ciencia de lo porvenir levantará

su edificio, sin tocar cosa alguna en sus cimientos. Siendo esto así, os hallais presos en las redes de vuestra propia sabiduria. Porque así como vosotros estais seguros de que las aguas siguen necesariamente la pendiente, nosotros lo estamos del prodigio que detiene su curso: así como vosotros estais seguros de las leyes de la gravedad, nosotros lo estamos de que un cuerpo humano, sostenido en el aire sin soporte alguno, constituye una excepcion á dichas leyes; así como vosotros estais seguros de que los muertos no vuelven, nosotros lo estamos de que hay una accion divina en la vida de aquellos que vuelven. De manera que la ciencia se destruye á sí misma por medio de los argumentos que emplea contra nosotros, y nuestra certeza, respecto del particular, descansa en las mismas bases que la suya.

Para la demostracion del milagro, todavia tenemos motivos de conviccion suficientes. Extraña paradoja la de pretender que anteponiéndose la verdad de una ley de la naturaleza á la de su derogacion, esta no podria ser debida é incontrovertiblemente certificada. Cuando la derogacion está demostrada cual corresponde, se hace tan indudable como la misma ley. En efecto, la naturaleza que contesta satisfactoriamente

te en el primer caso, contesta con más autoridad en el segundo, porque la naturaleza física modificada en provecho de las almas, es un milagro razonable; pero la naturaleza moral trastornada hasta el punto de que el hombre deje de estar cierto de aquello que vé, es un milagro imposible, puesto que implica la negacion de la razon del hombre y de la de Dios.

Por consiguiente, no dejamos sorprendernos por este conocido juego sofístico. "Si Paris entero viniera á decirme que en Passy ha resucitado un cadáver no lo creería; porque es más fácil que Paris entero se engañe, que no que un muerto resucite. (1)" ¿Qué hay que decir á esto suponiendo que esto signifique algo? Que un millon y quinientos mil testigos hayan visto en un mismo instante á Lázaro en la tumba, despidiendo el infecto olor de un cadáver sepultado hacia cuatro dias, y á Lázaro saliendo de la tumba con todo el esplendor de una vida floreciente, ¿no mereceria crédito semejante deposicion? La verdad es que si tantos espectadores, distintos por sus intereses y educacion creyeron contemplar lo que no existia y tocar lo que

(1) Cortes de la Montaña.

realmente no tocaban, puede decirse que existen tantas derogaciones de las leyes de la naturaleza como testigos; de manera que para rechazar el milagro de una resurreccion, se admiten un millon y quinientos mil milagros de alucinacion.

Es preciso ponerse en guardia contra esta justificacion paradójal de un mismo principio; para dar crédito á los hechos sobrenaturales, sería indispensable tener razones sobrenaturales. Sabido tenemos que el cómo de los hechos sobrenaturales, solo puede explicarse por medio de un conocimiento sobrenatural; pero la existencia de estos hechos, depende del testimonio natural, como todos los acontecimientos de la historia. La prueba del milagro, continúa, pues, sobrenatural del lado de Dios que lo realiza; pero natural del hombre que lo comprueba; por lo mismo que solo se adapta al espíritu humano por sus aspectos finitos. En otros términos: la prueba del milagro constituye la explicacion del mismo con relacion al pensamiento divino; con relacion al pensamiento humano, solo puede ser el atestado. Erigir en principio que lo sobrenatural no podria ser creído sin existir un medio de comprobacion sobrenatural, y por consiguiente que será menester constantemente un milagro incesante que sirva de garantía al milagro preceden-

te, vale tanto como pedir à Dios que haga ordinariamente cosas extraordinarias, y al par condenar al hombre à marchar incesantemente en pos de la verdad metido en un círculo vicioso, puesto que sería contantemente el milagro desarrollándose ante sus ojos, sin que pudiese aprenderlo en su creencia.

Por último, nosotros tenemos garantías suficientes en esta afirmacion. Algunos exigen para la demostracion del milagro considerado como derogacion de las leyes de la naturaleza el conocimiento de todas esas leyes. Nosotros hemos visto que basta con conocer la ley à la cual está derogado. Otros exigen para la demostracion del milagro, considerado como un hecho sobrenatural, medios de verificacion sobrenaturales. Nosotros hemos visto que si fuese menester una inteligencia superior à la naturaleza para comprenderlo, basta para atestiguarlo el testimonio natural, porque si la *cosa* se realiza por encima de la razon, el *hecho* cae bajo el dominio de los sentidos. Hé aquí, sin embargo, que han comparado nuevos antagonistas, que para llegar al mismo grado de certeza exigen garantías científicas; de manera que será indispensable escribir en todas partes, excepto en el Instituto de

Francia, y en la residencia de sus correspondientes, aquel dístico famoso.

.....Se prohíbe à Dios
hacer milagros en este sitio.

Sí, pidense comisiones para inspeccionar las obras divinas, y registrar, en cierto modo, las manos de la divina omnipotencia, à fin de saber si para su obra echa mano de medios prohibidos.

Y sin embargo, hemos visto que semejante comision existe en Roma: que esta atiende y escucha las defensas del naturalismo contra los hechos sobrenaturales: que en su tribunal la ciencia tiene sus abogados como los tiene la religion: y que la Iglesia solo acepta un milagro despues de diez años de juicios contradictorios, sostenidos ante el jurado más concienzudo que se pueda imaginar. ¿Qué son en comparacion de esta, las comisiones científicas, en las cuales, cuando los intereses y las pasiones no constituyen el móvil, un miembro habla, dos escuchan, hay cuatro ausentes y todos firman por sentimiento de confianza y en las cuales cuando hay de por medio las pasiones y los intereses, son menester esfuerzos increíbles y años y siglos para llevar

la evidencia à los espíritus? Puedo añadir además que semejante comision ha existido siempre. ¿Créese acaso, que antes de la creacion del Instituto, la humanidad no podia darse cuenta exacta de los milagros? ¿Por ventura no tienen las muchedumbres el mismo derecho que los doctores y los licenciados para certificar respecto de los hechos sensibles? Vosotros que pedís informaciones, cuando se os piden actos de buen sentido, ¿queréis saber cuales han sido las comisiones instituidas por Dios en los tiempos pasados, á fin de juzgar de sus intervenciones?

Para los milagros de Moisés, la córte egipcia y todo el pueblo judío: para los de Elías, la córte de Achab y los sacerdotes de Baal: para los de Daniel, la córte de Babilonia y los ministros de Balthazar: para los de Jesucristo, el mundo moderno, que en garantía de sus afirmaciones posee algo mejor que diplomas, puesto que como prueba de lo maravilloso evangélico tiene en su favor las maravillas de su civilizacion. Despues de lo dicho, ¿podrá venirse con la pretension de congresos de químicos, fisiólogos y criticos en unos siglos en los cuales ni siquiera existian esas ciencias? ¿Es que Dios debia esperar para realizar milagros y para que el mundo los creyera á que Napoleon fundara las cinco academias?

¿Los doce Apóstoles derramando su sangre para atestiguar que vieron à Jesucristo vivo, muerto y despues de haber resucitado, y persuadiendo de ello al universo, no tienen tanta autoridad, por lo ménos, como doce comisionados retribuidos por el Estado? Por esto cuando la critica viene à decirme que hasta ahora no ha habido milagro alguno científicamente demostrado, no puedo ménos que preguntarle si sueña ó se chancea, y poniéndole de manifiesto los siglos, los mártires, los santos, el Thabor, el Calvario, el monte Olivete, en una palabra, todos los recuerdos cristianos, le contesto: La venganza de lo sobrenatural contra vosotros, consiste en que vosotros no podeis atentar á su verdad histórica sin comprometer vuestro honor científico.

La famosa comision existe pues, y ha existido tal cual la razon la exige: añadamos ahora que no puede existir tal cual el racionalismo se atreve à reclamarla. Esos señores quisieran que el taumaturgo fuera à recibir órdenes suyas ántes de realizar el milagro, no considerando que precisamente Dios hace los milagros para imponer las suyas. Y de seguro su pretension llegaria hasta el punto de prescribir à Dios el dia y la hora; y nombrarian sus jueces y les designa-

rian el lugar, las condiciones y los límites de la operacion! ¿Y el prodigio ha de carecer de valor porque no se realice en su morada? ¿Y no podrá considerarse científico, aun cuando tenga por testigo à la Europa entera, sinó lo preside un reducido congreso de sábios? ¿Y si merece la fé de mil adherentes más sábios aun que esos árbí- tros oficiales, no tendrá que tomarse en cuenta? ¿Y si despues de una primera prueba no han llegado á convencerse plenamente todos los ár- bitros, Dios tendrá que comenzar de nuevo é indefinidamente, hasta tanto que deban ceder à la evidencia, sopena de que Dios no alcance el voto unánime de los jurados en ese proceso ver- bal? ¿Y la humanidad deberá esperar junto à la puerta de ese concilio en miniatura, à que se decida de sus destinos por medio de procurado- res, sin que se le conceda siquiera el derecho de votar en una deliberacion tan capital? A decir verdad; no puedo manifestar qué sentimientos son los que en mí dominan al llegar à este pun- to, pues no comprendo si es aversion ó lástima lo que siento. ¡Obligar à Dios à que se presen- te en los teatros levantados por una ciencia im- pia, para que se exhiba y ponga de manifesto ante la pública expectacion, y prostituir el ejer- cicio de la divina omnipotencia para recreo y

pasatiempo del espíritu humano, no es buscar la verdad, es insultarla!

Lo sobrenatural se ha visto y se ha demos- trado, vamos à probar que puede ser discernido. Hay en el mundo dos falsificaciones de lo sobre- natural divino, con las cuales se corre el peligro de verlo confundido, y de las cuales importa sobremanera distinguirlo. La primera es lo sobrenatural prestigioso ó la manifestacion inex- plicada de ciertas fuerzas ocultas de la natu- raleza.

Que existen los demonios, es decir, que en castigo del más criminal de los abusos de la li- bertad que pueda haberse cometido, hayan sido esos grandes culpables, apartados para siempre jamás del camino del bien, que voluntariamente abandonaron, para verse arrojados en el del mal, que voluntaria y deliberadamente eligieron; que no contentos con haber dado la preferencia al mal, impelen hácia él al mundo, por odio à su autor y à la justicia que les castiga; que des- prendidos de la materia y obrando con la rapi- dez de espíritus, ejercen en la creacion un impe- rio superior à todo poder natural; que Dios con- siente esta lucha sin permitirles triunfar, y que de ella ha hecho al par la condicion de nuestra moralizacion, despues de habernos dotado de ar-

mas para la defensa, y la condicion de su propia gloria, separando el órden moral del desórden aparente de tal antagonismo, es un dogma constantemente justificado por fenómenos innegables (1).

El demonio puede, pues, llevar á cabo ciertas revoluciones en la naturaleza; pero ¿cual será el sello de este sobrenatural de falsa ley? Resultará de un principio por demás sencillo; *Los efectos participan de la naturaleza de sus causas*. Por consiguiente, tal es la causa de los milagros, tales son los milagros y estos llevan casi siempre, si así podemos decirlo, el sello y marca de dónde proceden, que consiste en la semejanza que guardan con su autor.

Tenemos, pues, que el demonio no imprimirá jamás á sus milagros la belleza moral, por la sencilla razon de que no la posee, y que en tanto que los de Dios se atraen el respeto por la grandeza que les rodea y por las virtudes que inspiran; los de Satán pueden reconocerse por el ridiculo que por punto general los caracteriza, por la puerilidad que los degrada y por la corrupcion que fomentan ó garantizan.

(1) Véanse las obras de M. de Mirville: *Les apocryphes*, etc.

Tenemos, pues, que el demonio no imprimirá jamás á sus milagros la bondad, por la sencilla razon de que no la posee, y que en tanto que los de Dios son benéficos y subyugan como manifestaciones de un amor infinito; los de Satán, por punto general, son enojosos como expresion de un poder odioso y repulsivo que goza con el mal.

Tenemos, pues, que el demonio no imprimirá jamás el sello de la verdad á sus milagros, porque es el padre de la mentira, y si por un momento consigue trasformarse en ángel de luz, de palabras ó acciones conformes con el Evangelio, es únicamente para mejor ocultar la guerra irreconciliable que contra él sostiene.

Y no se me objete ahora que despues de haber probado la verdad por medio de los milagros, probamos ahora los milagros, valiéndonos de nuestra verdad. No, los milagros de la Iglesia son siempre más grandes que aquellos que se les oponen: el cisma y la heregía llevan más señales de error, que sellos de verdad su milagro, y hé ahí la razon, porque si hubiese milagros contra milagros, siendo los de la Iglesia primeros y más grandes, seria preciso creerla

contra los milagros. Entre dos autoridades la principal es la que se distingue. (1)»

Tenemos, pues, que el demonio jamás conseguirá imprimir á sus obras el carácter del poder supremo, porque si bien es verdad que puede más que el hombre, le falta mucho para poderse igualar á Dios. Por esto pertenecen al satanismo las perturbaciones inferiores del orden natural; solo á Dios los actos de autoridad soberana tales como dar vida, resucitar á los muertos, trocar la sustancia de las cosas, predecir lo futuro.

Tenemos, pues, que el demonio jamás podrá contar como auxiliares suyos á los santos, honrados con el respeto de la posteridad, y en tanto que los instrumentos de los milagros divinos aparecen como los modelos y el ideal de la pureza moral, los instrumentos del milagro diabólico desde Simon el Mago y Apolonio de Thyana, hasta los *mediums* y las pitoneas del espiritismo, constituyen un tipo misterioso mezclanza informe de creyente y de jugador que causan al mundo más espanto y desconfianza, que admiración y cariño. Basta con lo dicho respecto de

[1] Pascal, *Pensamientos*.

este paralelo, pues con lo expuesto puede notarse la diferencia de las causas por la de sus efectos. A los milagros divinos corresponden las glorias de la civilización cristiana: á los prestigios de Satán, las estúpidas abominaciones de la barbarie pagana. A aquellos los progresos de nuestra última exposición; á estos la rutina insistente que caracteriza á los pueblos de las márgenes del Ganges y del Indo.

Después de los prestigios del infierno, solicitan nuestros sufragos los de la ciencia, no tanto para conseguir la categoría de divinos, como para hacer creer que los prodigios divinos no tienen tal divinidad. Existen, se dice, en la naturaleza ciertas fuerzas desconocidas, que solicitadas por un agente especial, producen la apariencia de lo sobrenatural. Estas fuerzas disciplinadas, clasificadas, y convertidas á un principio genérico, constituyen la rama especial de los estudios de nuestro siglo, designada bajo el nombre de magnetismo. Según esta doctrina, los cuerpos se hallan sumergidos en un fluido universal por medio del cual se comunican, y este fluido puesto en movimiento por la voluntad de ciertos operadores, produce efectos insólitos, ora en los objetos materiales que parecen animarse cuando se cargan con sus efluvios; ora en

los organismos humanos, que transforma, cuando sirven de vehículo á su transmision. Dado este enunciado, no es necesario estar provisto de penetracion extraordinaria para deducir la consecuencia que del mismo se deriva. Con todo, aun cuando para ello sea indispensable hacer violencia á nuestro sentimiento moral, asimilemos por un momento á la accion divina esta prestidigitacion sospechosa, y perdonenos el lector que comparemos el magnetizador con el taumaturgo, teniendo presente para ello el fin que nos mueve, que no es otro que ahorrarle motivos de desprecio.

¡Qué diferencia en la higiene preparatoria! El magnetizador se ve precisado á seguir un régimen tónico y reparador, para conservar sobre sus débiles pacientes el dominio de la energía muscular. El taumaturgo, saca de la extenuacion resultante de la penitencia, y de la macecion y mortificacion á que somete la materia, la fuerza divina que le permite mandar en los demás.

¡Qué diferencia en los sujetos sobre los cuales se opera! El magnetizador solo actúa sobre sujetos previamente elegidos, que ceden á la su perchería en virtud de cierto compadrazgo de antemano concertado, ó sobre sujetos impresio-

nables que ceden á las influencias del fluido en virtud de determinanadas disposiciones catalépticas. El taumaturgo se dirige al primer enfermo, que se le viene á las manos, sordo ó ciego, leproso ó paralítico, pueblo ó individuo, diciéndole: Sanad, lo quiero; y su mandamiento queda realizado: *Volo mundare*.

¡Qué diferencia en los teatros de accion! El magnetizador requiere un auditorio numeroso y simpático para que no resulten contrariadas las corrientes del fluido que brotan de su cuerpo, lo cual casi equivale á decir, que solo convierte á los que ya creen de antemano. El taumaturgo hace brillar su poder en las cimas de los montes; al borde de los lagos, sobre las olas del mar, en medio de las plazas públicas, y hasta en presencia de los fariseos que están tratando su muerte, porque su mision no consiste en entretener á sus adeptos, sino en convencer á los incrédulos!

¡Qué diferencia en los procedimientos! El magnetizador ejecuta pases capaces de hacer dormir al más despierto, y se fatiga para que se desprenda de su cuerpo una virtud física sujeta á mil vicisitudes y peripacias, en tanto que el taumaturgo actúa en virtud de un poder interno, y sin preparacion, sin excitaciones neurálgicas,

cas, sin experimentos que puedan fracasar. Así dice de un enfermo ausente, Ya está curado: y el hijo del centurion se levanta de su lecho de muerte.

¡Qué diferencia, por último y principalmente, respecto de los resultados obtenidos! ¿A qué se reducen en definitiva, los milagros del magnetismo? A algunos fenómenos de adivinación, ó de segunda vista, en los cuales la parte de la verdad jamás á llegado á separarse completamente de la del charlatanismo. Por consiguiente, como no sea abdicando del buen sentido y de la justicia, es imposible colocar los descubrimientos llamados milagros de la ciencia, al nivel de los que verdaderamente son milagros sobrenaturales. Ordénese á la física que detenga el sol en su carrera; á la medicina que alimente con cinco panes á cinco mil personas hambrientas; á la química que con un pellizco de polvo desleído en una poca de saliva vuelva la vista á los ciegos; y á la filosofía que desde el camino del cementerio devuelva los cadáveres á la vida, y si tal asignen, no tendremos inconveniente en considerar á los sábios como lo verdaderos taumaturgos del universo. Mas entretanto deben resignarse á adorar la divina omnipotencia, sin pretender rivalizar con ella, por-

que los sábios que aspiran al prodigio, como el mismo Satán, no son más que los falsificadores de la obra de Dios.

En resumen; el órden sobrenatural constituye para nosotros un acrecentamiento de la razon, por las visiones de la fé: de la moralidad, por el cumplimiento de la ley: de la fuerza, por el apoyo de la gracia: del sentimiento, por la esperanza de lo infinito: y por tanto podemos decir que en él se encierran los títulos de la nobleza, y la apología de nuestra creencia. Háse pronunciado contra el naturalismo la última palabra, desde el instante en que se ha podido decir que nos empequeñece, en tanto que la fé nos agranda, lo cual equivale á la siguiente asercion de un contemporáneo: suprimir lo sobrenatural es decapitar la humanidad, y por contrario modo el reino de lo sobrenatural constituye el engrandecimiento de los individuos y de las naciones, en y por Jesucristo.

Jesucristo y su obra serán el objeto del libro siguiente. Entre tanto, juzgamos un deber de conciencia para todo lector formal, detenerse en este punto, examinarse y disponerse cual corres-

ponde para que su naturaleza se halle debidamente preparada para recibir las glorias de esa sublime coronacion: lo sobrenatural.

Para conseguirlo, purifiquemos la naturaleza de sus egoismos, y practiquemos el bien para alcanzar el premio de contemplar la verdad: tales fueron las limosnas y las oraciones que proporcionaron al centurion Cornélio la saludable visita de San Pedro. Purifiquemos la naturaleza de todos esos amores propios de espíritu y de posicion, con los cuales no gusta Dios comunicarse: la puerta que conduce á las santas revelaciones es baja como la entrada del cielo, y las inteligencias altaneras no pueden penetrar por ella. En fin, lavemos las manchas que afean nuestra naturaleza y no pasará mucho tiempo antes de que lo sobrenatural se adhiera á los que se hayan hecho dignos de sostenerlo, porque hay un sentido muy profundo en las palabras del Evangelio: *Heme lavado y he visto* (1). Con tales sacrificios el hombre coopera al nacimiento

(1) Juan, IX. 11.

en su alma de esta luz divina: la fé. Facultad doble que participando al par de la naturaleza por la razon y de lo sobrenatural por la gracia, y que uniéndolas en nosotros como en ella misma, conviértese en el medio de comunicacion lógica, y en una especie de escala proporcionada de uno á otro de dichos mundos (1)

[1] Véanse el P. Félix y el P. Martignon, *De lo sobrenatural*, de la Luzerne, M. A. Nicolás, el Rdo. Besson, *De los milagros*.